

5. LA RELIGIÓN ANTIOQUEÑA, MEZCLA DE CATOLICISMO Y JUDAÍSMO

5.1 El catolicismo antioqueño, diferente al del resto del país

La mayoría de los historiadores no le da a la religión del pueblo antioqueño, mezcla de catolicismo y judaísmo, la trascendencia que merece para explicar su formación. Aunque aquí se creó la primera diócesis católica en territorio continental de América, y su Ciudad Madre lleva el título de Santa Fe, sin embargo, ha dominado desde muy temprano un clero converso, creador de una religión nueva, de acuerdo a lo más íntimo de su espíritu, católica en su estructura jerárquica, sus ritos y algo en sus dogmas, pero predominantemente judía en su moral. De ahí que para comprender al pueblo antioqueño sea preciso analizar esa religión especial que se gestó casi desde la llegada de los conquistadores.

El catolicismo antioqueño es diferente al del resto de Colombia. Si algo hay enigmático en todo lo

referente a este pueblo, como lo constatan, tanto los de fuera como los de dentro, es su religión. Tomás Carrasquilla escribió en 1910: “El alma colectiva de esta montaña es todavía una incógnita. Se despejará, pero(...) ah tarde”.¹⁰² Y Fernando González Ochoa, para corroborarlo, añadía unas décadas más adelante: “Antioquia se entiende cuando se entiendan las imágenes mitos que se graban en sus niños”, esto es, su credo, su moral, sus ritos, su clero, sus jerarcas, sus religiosos y religiosas, sus mitos, sus supercherías, todo el fenómeno religioso.

Tanto el P. Javier Piedrahíta, como los PP. Carlos E. Mesa, Jaime Serna (Humberto Bronx) y otros historiadores de la iglesia antioqueña, destacan el hecho de que el catolicismo antioqueño desde antiguo es creación del clero diocesano y no de las órdenes o comunidades religiosas, a excepción de la de los jesuitas, que lo formaron, tanto fuera como dentro de su propio terri-

¹⁰² Carrasquilla, Tomás, *Grandeza*



torio, casi hasta el final de la Colonia. Después de la Independencia, el influjo de Eudistas, Franciscanos, Carmelitas, Salesianos, Capuchinos y otras comunidades religiosas en seminarios y conventos data apenas de un siglo para acá. El clero diocesano fue, pues, el que, durante cuatro siglos, como mínimo, formó, pero, a la vez, deformó el alma de todo el pueblo antioqueño.

Existen variados estudios sobre la historia del catolicismo antioqueño. Desafortunadamente, la gran mayoría se centra, por lo general, en el número de obispos, sacerdotes y monjas, a veces, con ampulosos pánegíricos; o en la formación y vida posterior de capillas, iglesias, conventos, cementerios e instituciones educativas y de beneficencia. Con todo, hace algunos años apareció un estudio muy iluminador del sacerdote caldense Huberto Restrepo: *La religión de la antigua Antioquia*, en el cual, como de la mano, nos lleva a lo más íntimo del catolicismo que se formó aquí en esos primeros cuatro siglos. A dicho estudio se le puede agregar el del sacerdote antioqueño Alberto Restrepo González, *Testigos de mi pueblo*, en el que ve retratado el catolicismo especial del pueblo paisa en la vida y, mucho más, en las obras de cinco personajes muy disímiles de la segunda mitad del siglo XIX y comienzos del XX: Fernando González, Porfirio Barba Jacob, Tomás Carrasquilla, el Indio Uribe y Epifanio Mejía. Recientemente han

aparecido varios estudios puntuales sobre el influjo del clero y la mentalidad religiosa de los antioqueños, pero no hacen referencia al dogma y, menos aún, a la moral que se configuró aquí.

El P. Huberto busca los orígenes de esa religión especial de los antioqueños en las influencias de los indígenas, de los negros africanos y, principalmente, de los españoles. Lo curioso es que, encontrando un dogma y una moral impregnados con multitud de rasgos judaicos, no haya pensado en la posibilidad del influjo de cristianos nuevos, o sea, conversos, en la conformación de una religión, en apariencia católica, pero en el fondo judía, o mejor, católica y judía a la vez. Claro que el influjo indígena y negro es importante, aunque, muy similar al del resto del país. En cambio, el de los conversos es tan especial que, a mi modo de ver, es el único que puede finalmente esclarecer el misterio del catolicismo antioqueño.

Los conversos hicieron del catolicismo que se habían visto obligados a adoptar exteriormente, una religión de monoteísmo total, de clero abundante y según el espíritu judío, (rabinos de suma estrictez), de un ritualismo excesivo y de una moral que no coartaba siquiera las terribles prácticas de odio y venganza del “ojo por ojo y diente por diente”, aun dentro de la propia familia, y en el cual el amor cristiano brillaba por su ausencia, excepto por

unas limosnas cicateras que sólo prolongaban, si no es que agrandaban la angustia de los desamparados. La doctrina que enseñaban, según el P. Huberto, no era la tradicional del catolicismo. Ya el propio Silvestre, a finales de la Colonia, acusaba a los eclesiásticos de influir a los seglares “máximas contrarias a la sólida piedad y pura doctrina de la Iglesia”.¹⁰³ También Mon y Velarde afirmaba más tarde: “Durante mi mansión en Antioquia no oí explicar la doctrina como manda el Concilio”. En todos los pueblos los sacerdotes imponían la asistencia a la misa dominical, el catecismo de Astete, el matrimonio temprano de los jóvenes, la escuela parroquial, la contribución a las obras eclesiásticas, las limosnas para los pobres y las empanadas y mingas para construir el templo y el cementerio, e impulsaban el rosario en familia, la fiesta del Corpus Christi con el altar de San Isidro, la Semana Santa, y la fiesta patronal, con alférez que corriera con todos los gastos. Todo, un ritualismo externo.

Algunas características de ese catolicismo especial de los antioqueños tuvieron vigencia desde muy antiguo y hasta bien entrado el siglo XX. Notoria asistencia a los actos de culto, sobre todo a la misa dominical, superior al resto del país. Frecuencia de los sacramentos, con insistencia especial en la confesión mensual y la comunión frecuente,

sobretudo de niños y mujeres. Enormes templos en pueblos y veredas. Gran puritanismo sexual. Pueblos y ciudades levíticas, con innumerables obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas. Cantidad de seminarios diocesanos y de comunidades religiosas, algunos tan específicos como el de vocaciones tardías y el del Espíritu Santo en La Ceja, o el de Misiones de Yarumal, lo mismo que congregaciones femeninas autóctonas, como la de la Madre Laura y otras. Al menos en la parte andina, la más paísa, lo corriente eran los matrimonios católicos, no los civiles, y muy escasas las uniones libres. Pero lo que marca de modo radical lo especial del catolicismo antioqueño, son su dogma, sus ritos y sobre todo su moral.

5.2 El dogma, más judío que cristiano

El capítulo fundamental de la obra del P. Huberto es el que titula “Teología montañera”. Según él, aquí se impuso una religión mono-teísta, como la judía y la musulmana, muy distinta a la católica que dominaba en Europa y, sobre todo, en la España de los cristianos viejos. “El misterio trinitario no había calado en sus vidas(...) Los antioqueños creían más en Dios que en el Padre(...) El Espíritu Santo era tan desconocido para los antioqueños como para los discípulos que encontró San Pablo en Éfeso(...) Tam-

¹⁰³ Silvestre, *Relación* p 207



poco conocían mucho al Hijo de Dios”.¹⁰⁴ Los términos para dirigirse a la divinidad eran: Bendito sea Dios; gracias a Dios; mi Dios; por Dios Bendito; la Divina Majestad, o, expresiones como: Si Dios quiere, así lo querrá Dios, si Dios nos da vida y salud, a la mano de Dios, la sabiduría de Dios, los designios de Dios. “Todo era de Dios: la comida de mi Dios, la luz de Dios, el campo de Dios, los espacios de Dios, las calles de Dios, la sal de Dios, el viento provechoso de mi Dios. Todo, hasta el aguardientico de mi Dios”.¹⁰⁵

La catequesis se reducía al Astete. Decía Carrasquilla: “Por luengos años tuvo La Blanca por único alimento la leche milagrosa de la Doctrina Cristiana. El Padre Astete, sólo el Padre, fue su proveedor lustros y lustros”. Desde su primera publicación, hacia 1592, este catecismo tuvo como destinatarios a los niños y la gente ruda. El Astete fue un medio maravilloso de transmitir la doctrina cristiana. En su parte más positiva ofrecía una triple escuela de fe, oración y caridad. Su didáctica, en forma de preguntas y respuestas breves fácilmente memorizables, hizo que todos repitiesen las mismas fórmulas, así no las entendieran. Pero con un inconveniente fundamental: el desconocimiento de la Sagrada Escritura, que

dejó una profunda laguna en los fieles y no les permitió valorar lo fundamental de lo accesorio. “En su buena fe y respeto a todo lo religioso, llegaron a considerar tan inamovibles las explicaciones del Padre Astete, como los Artículos de la fe”.¹⁰⁶ Para el pueblo en general, tenían igual valor los preceptos de la Iglesia o las obras de misericordia que los del decálogo. Más aún, cualquier palabra de sus sacerdotes la convertían en dogma de fe, sin que estos intentaran desvirtuar el error. “Hay en ellos una dominante que todo lo penetra y enaltece, la FE(...) Con esa FE escuchan la predicación del sacerdote. Su sencillez no entra en distinciones: qué es opinión personal del sacerdote, qué es revelado y qué no lo es, qué es comentario autorizado a la Sagrada escritura. Todo es para ellos PALABRA DE DIOS” (sic)¹⁰⁷

No había Trinidad; la Navidad y la Pasión estaban distorsionadas, y no había esperanza de Resurrección. En cambio, algo superabundaba, pero con la misma orientación distorsionada: el culto a María. Era tan arraigado en el catolicismo español, que rechazarlo, aun eludirlo, podía ser muestra palmaria de ser converso, no cristiano viejo, y exponerse a graves riesgos. El rosario en familia parece que data de los primeros siglos de la Con-

¹⁰⁴ O. c. p 175

¹⁰⁵ O. C. p 166

¹⁰⁶ O. c. p 94

¹⁰⁷ O. c. p 146-147

quista. Silvestre y Mon y Velarde lo mencionan como algo corriente ya en su tiempo. La expresión tan frecuente en Antioquia ¡Eh, ave María! pudo ser una manera de aparentar catolicismo, aunque, por otra parte, la figura de María tenía un valor especial para los criptojudíos, ya que en ella podían celebrar la grandeza de las mujeres de su tierra: Sara, Lya, Ester, Judit, Betsabé, tantas más. Honrarla a ella, era honrar lo mejor de su raza, honrar la maternidad, honrar, quizás también, la virginidad y la pureza sexual de sus mujeres, algo que tanto valora el judaísmo.

La imagen de María se hizo familiar, diría que excesiva, en iglesias, casas, escuelas, caminos, plazas, grutas. Había que ir hasta el límite para mostrar que se era católico, y nada mejor que las imágenes de María, como contraseña que les abriera todas las puertas. Para no dejar dudas en absoluto, le pusieron una y otra vez a sus hijas el nombre de María, ya solo, ya en multitud de combinaciones y advocaciones: Carmen, Inmaculada, Pura, Amparo, Asunción, etc. Hasta los hombres se preciaban de llevar el nombre de María, muchas veces junto con el de José y el del propio Jesús: Jesús María, José María, Juan María, Antonio María... Claro que tampoco podía faltar en ningún hogar, escuela, oficina o camino un gran crucifijo, por igual razón, y, desde tiempos de los jesuitas, un cuadro del Sagrado Corazón de Jesús.

Parece que en Antioquia muchos más niños y niñas que en el resto del país aprendían a leer y escribir en sus casas, aun campesinas, quizás para poder leer la Biblia, que más de uno debía guardar en secreto. La Iglesia, desde Trento, había prohibido su lectura, en especial la del Antiguo Testamento, a todos los fieles, excepto el clero, para que no se contaminaran de judaísmo o protestantismo. La cantidad de jóvenes que viajaba a Bogotá y Popayán para formarse en Cánones, principalmente, y también en leyes y medicina, tenía que haber aprendido a leer y escribir desde muy temprano en el hogar ya que, según consta, no existían escuelas. Tanto en las casas, como en las iglesias, se recitaba hasta hace poco una larga oración extractada del libro de Ester, que habla precisamente de la liberación del pueblo judío. Se recitaba en momentos de graves problemas de la religión o de la patria, o en medio de las guerras. Hasta su muerte, hace muy pocos años, el obispo de Sonsón-Rionegro, Alfonso Uribe Jaramillo, la hizo rezar en todos los templos de su diócesis al final de cada misa. Es la oración de Mardoqueo, adaptada del libro de Esdras:

“Señor Dios, Rey omnipotente. En vuestras manos están puestas todas las cosas. Si vos queréis salvar a vuestro pueblo, nadie puede resistir a vuestra voluntad. Vos hicisteis el cielo y la tierra y todo cuanto en ellos se contiene. ¿Quién podrá, pues, resistir a vuestra voluntad? Por

eso, Señor, Dios de Abraham, tened misericordia de vuestro pueblo, pues nuestros enemigos quieren perdernos y destruir vuestra herencia. Oíd, Señor, nuestras oraciones; sed favorable a nuestras súplicas; apartad el azote de vuestro justo enojo, y haced que nuestro llanto se convierta en alegría, para que viviendo alabemos vuestro Santo Nombre y lo continuemos alabando eternamente en el cielo. Amen”.¹⁰⁸

“Había dos MISTERIOS CRISTIANOS (sic), dice el P. Huberto, que influían en el sentimiento y en la fe de los antioqueños: la Encarnación y la Pasión y Muerte del Hijo de Dios”,¹⁰⁹ es decir, la Navidad y el Viernes Santo. Algunos aspectos de dichas fiestas tienen un tinte converso. Primero, la Navidad, gran fiesta de familia. La novena al “Niño Dios” se celebraba en las casas desde el 16 de diciembre hasta la Nochebuena, con toda la familia reunida alrededor del pesebre. (Belén era una evocación maravillosa de la tierra de Israel) Aunque la novena no es originaria de Antioquia, los antioqueños se compenetraron con ella. El texto inicial es muy antiguo y se debe al franciscano, Fray Fernando de Jesús Larrea, nacido en Quito en 1700, pero cuyo apostolado se desarrolló en el Sur de Colombia y murió en Cali en 1773. La primera impresión fue en Lima,

en 1788, pero su difusión en Colombia se debe a la edición de Bogotá en 1807.

Parte central de ella eran los “gozos”, que son muy posteriores, de fines del siglo XIX, y se deben a la Madre María Ignacia, religiosa de la Enseñanza, de ancestro judío, como su madre, Dña Soledad Acosta de Samper. Aunque no se puede decir que los gozos sean de origen converso, sí son muy acordes con su espíritu, por lo que se convirtieron en el núcleo de la Navidad antioqueña. La autora pone en verso algunas Antífonas de Adviento, llamadas de la O (Oh), basadas en textos del Antiguo Testamento, a las cuales todos responden: “Ven Salvador nuestro por quien suspiramos, ven a nuestras almas, ven no tardes tanto”, paráfrasis de la Oración colecta del 24 de diciembre que reza: “Jesús, Señor Nuestro, ven pronto, no tardes más”. El Jesús, Señor Nuestro, lo cambia por Salvador nuestro, claro que más del Israel antiguo, que del Nuevo Pueblo de Dios.

Veamos algunas de las estrofas: “Oh Adonái potente, / que a Moisés hablando, / de Israel al pueblo / dísteis los mandatos. / Ah, ven prontamente / para rescatarnos...”. Adonái es un término judío para dirigirse a ese Dios que dio a Moisés los “mandatos” para su pueblo. (No

¹⁰⁸ Esdras 4, 17ss. La Biblia de Jerusalén, trae una traducción diferente. La utilizada es más sonora, en el español de los antioqueños, de gran casticismo.

¹⁰⁹ O. c. p 175

sólo el decálogo, sino toda la ley, la Tora.) Piden que venga a “rescatarlos”, a librarlos de la opresión de la Inquisición y la Corona, que los oprimían, como antes el Faraón, los emperadores, los reyes y tantos poderes más, en mil y mil destierros. Es un desahogo camuflado de un pueblo que reclama el derecho a ser judío. Eh aquí otras: *“Emmanuel preclaro, / de Israel anhelo(...) / Borra nuestras culpas, / salva al desterrado”*. *“Llave de David / que abre al desterrado, / las cerradas puertas / del regio palacio...”*. Hablan del Emmanuel esperado con ansias por todo el pueblo, el cual abre con la Llave de David las puertas del palacio real, de la Ciudad Santa y de la tierra prometida, cerradas a los desterrados de Israel. Son expresiones de un pueblo al que se le impide vivir en la tierra prometida a sus padres. Pero, sin duda, son sentimientos que contrastan con el espíritu evangélico, donde la esperanza es la resurrección y estar con Cristo en la gloria del Padre, en la Jerusalén celestial.

Otra celebración importante era “la Pasión y Muerte de Jesús”, que no “la Pascua”, como decimos hoy. Dos espectáculos principales convocaban a todo el pueblo en las iglesias durante la Semana Santa. El primero, “los Monumentos”, (altares especiales para la reserva de la Eucaristía desde el Jueves hasta el Viernes Santo), un verdadero derroche de arte, de flores, de luces, pero también una oportunidad casi única para el trato social libre entre los

jóvenes de uno y otro sexo, que la disfrutaban con placer. Era un desahogo de la vida afectiva tremendamente estricta que se les imponía, similar al que se daba en las principales fiestas judías. El segundo, “la muerte de Jesús”. El sermón de las Siete Palabras terminaba con una especie de cataclismo: tormenta, relámpagos, truenos y oscuridad al momento de expirar el Señor. Quizás en los primeros tiempos tales manifestaciones serían la oportunidad de una venganza secreta contra la religión que humillaba las comunidades criptojudías, de modo especial con la imprecación de “pérfidos judíos”. De ahí el patetismo y la emoción con que asistía todo el pueblo. Pero, aunque fuera un sentimiento verdaderamente cristiano, de todos modos “estaba más presente la muerte que la resurrección”, como anota el P. Huberto.

5.3 La moral, más judía que cristiana

No sabría decir qué es más importante o representativo en cualquier religión, si su dogma o su moral. En cuanto al primero, no es fácil encontrar hoy en Antioquia las diferencias con el dogma católico que existían hace unas décadas y de las cuales dejó constancia Tomás Carrasquilla en quien se basa el P. Huberto. Es que los conversos, de tanto aparentar catolicismo, fueron asimilando su dogma, sobre todo desde el Vaticano Segundo para acá. Aunque lo más importante no

es el contenido, sino la convicción interior. En cambio, la moral sí reviste características especiales, tanto, que hasta se ha hablado de moral protestante o calvinista de los antioqueños, para destacar lo diferente que es a la católica. Su modo de vivir y actuar, no sólo impacta a los de fuera, sino que es lo que los ha hecho caracterizar como “judíos”.

Es indudable que la moral calvinista y puritana de los protestantes está mucho más cerca de la judía que de la católica. Me atrevo a pensar que fue más la acción de los conversos que la de los cristianos viejos, la que explica, en buena parte, la temprana y casi total desaparición de los indígenas en Antioquia, mucho más radical que en otras regiones de Colombia y Latinoamérica, muy similar al genocidio de los indígenas norteamericanos a manos de los puritanos ingleses.

La moral que germinó en Antioquia es profundamente judía, traída por el grupo de conversos, que finalmente la impuso a todos los demás: cristianos viejos, indígenas y negros. Según Huberto Restrepo: “se reducía a los diez mandamientos”¹¹⁰, aunque resumidos inicialmente en uno, “no fornicar”. Luego, cuando los conversos se enriquecieron con tierras y oro, se añadió el “no hurtar” para proteger sus tierras y bienes, así los hubieran conseguido fraudulentamente. Es que,

dentro de la moral conversa, cualquier manera de adquirirlos es lícita: usura, juego, estafa, extorsión, contrabando, evasión de tributos, explotación de sirvientes y sirvientas, de negros y negras y de trabajadores asalariados. Silvestre denominaba “moral jesuítica” las siguientes actuaciones: mentira y violación de juramentos; usura y avaricia; odio y detracción aun entre parientes; vivir y vestir miserablemente para mandar decir misas, hacer novenas y encender velas, sin que los sacerdotes les reprocharan tales vicios: “Nunca se predica contra los holgazanes, los tramposos, los que defraudan las rentas reales”. Veamos algunas características sobresalientes de esta moral.

Ritualismo. Es una característica del comportamiento judío en todas las actividades de la vida. Aunque la circuncisión la abandonaron desde un principio, no así las purificaciones rituales: lavado de las manos antes de cada comida (siempre ha habido en las casas antioqueñas un aguamanil o lavamanos cerca al comedor); cambio de sábanas cada semana; trato especial de los cadáveres para su sepultura (baño, afeitada, ungüentos), y un tipo de cementerios característico. Es curioso que en Medellín, a mediados del siglo XIX, se construyera un “cementerio de ricos”, el de San Pedro, en forma de sociedad anónima, de características y estilo judíos

¹¹⁰ Restrepo Huberto, O. c., p 106 y sig.

(hermosos mausoleos familiares rodeados de jardines y con la capilla orientada hacia Jerusalén) Toda la vida familiar era igualmente ritualista, así fuera de gran hipocresía. El rezo del rosario al atardecer, con toda la familia junta, incluyendo al padre, era un rito infaltable.

Moralismo. Las mujeres y los niños tenían una concepción exagerada del pecado. Un temor permanente a Dios y al demonio. Su Dios era el de la ira y las venganzas del Antiguo Testamento. En cambio, el Dios del perdón, del amor y de la compasión no existía, excepto, tal vez, a la hora de la muerte. Lo importante era “morir en gracia de Dios” y tener un sacerdote al lado para que lo absolviera. Ante un accidente o una enfermedad grave, había que correr a llamar al cura. Las mujeres y los niños se confesaban con gran frecuencia, pero los varones, desde la juventud en adelante, lo hacían muy poco. El joven y el adulto eran pecadores, pero rechazaban confesarse con otro hombre. Predominaba un inmenso tabú en todo lo referente a la sexualidad. Casi el único pecado era el sexual. Había una obsesión por el pecado, cuyas manifestaciones más peligrosas eran las desnudeces y la lectura de “libros malos que huelen a veneno y pecado”. Todo era morbo, malos pensamientos, malas palabras,

malas obras. “La antigua Antioquia, dice el P. Huberto, parecía un convento”.¹¹¹

De ese ambiente de estrechez moral, la que se llevaba la peor parte era, sin duda, la mujer. Carrasquilla escribe: “Las señoras de verdad no salen de sus casas. Si la ven a usted entrar a una tienda, le componen historias con el tendero; si la ven mucho en la iglesia, le componen historias con el sacristán y hasta con el señor Cura”.¹¹² Por eso acudían en grupo a sus rezos para evitar suspicacias. Los niños también llevaban un fardo muy pesado. Eran educados en *la pedagogía del pecado* hasta el punto que “el hecho de conocer el pecado ya era pecado”. “Si un niño sentía miedo era porque no tenía la conciencia tranquila, había pecado”. El P. Huberto comenta: “No había una formación para la *responsabilidad* que preparara para el uso cada vez más exigente de la libertad(...) El énfasis se ponía en crear una obsesión de pecado.”¹¹³

Las mujeres se arrebujaban, hasta no hace mucho, de manera impresionante. Vestidos negros hasta los tobillos, chales o mantillas en el templo, la calle y hasta la casa. Y qué decir de sus lutos durante cuatro y más años, vestidas completamente de negro y sin poder partici-

¹¹¹ O. c. p 111

¹¹² O. c., p 112

¹¹³ O. c. p 114



par en ninguna fiesta, casi ni familiar. La mujer tenía que entrar a la iglesia con la cabeza cubierta. En el templo y las procesiones, a un lado se hacían las mujeres, al otro los hombres. Las escuelas, los colegios y aun las universidades jamás podían ser mixtas. Había un plantel para cada sexo. Estaban desterrados los bailes, aunque no el cigarrillo y el trago, al menos para los hombres, que en las mujeres sí eran mal vistos ambos. Para los varones había más libertades, sobre todo si tenían que ausentarse del hogar para sus estudios o negocios, ya que lo harían con su propia plata o, al menos, lejos. Igual si llegaban tarde de la noche con cualquier excusa. Eran libres de departir con los amigos en cantinas y garitos, y nadie se los podía reprochar, ni la esposa.

El matrimonio se regía por idéntica estrechez moral. Los padres deseaban casar a sus hijos y, especialmente, a sus hijas cuanto antes “para que no anduvieran en bobadas y pecaderas”. “Mis hijas, que sean sanas de cuerpo y limpias de alma. Llévatelas, Santo Dios, si han de ofenderte”, repetía la matrona de *La casa de las dos palmas* de Mejía Vallejo. El propio acto sexual entre esposos era considerado pecaminoso, sobre todo en los días santos. Eran frecuentes los matrimonios entre primos, hasta una endogamia enfermiza en los pequeños poblados lejos de las ciudades o villas, es decir, en los reductos más específicos de los conversos. Parece que un

número muy grande de albinos que se ha detectado en pueblos del Oriente, se debe a este fenómeno repetido por generaciones en una o pocas familias.

— Proliferaban los eufemismos y las palabras de doble sentido. Los cuentos verdes eran pecaminosos. Unas frases recurrentes en Antioquia eran: “está en pecado mortal”, “tiene que confesarse”. “¿Qué podría resultar de un ambiente moralista tan asfixiante?, pregunta el P. Huberto, y responde: La locura”, tan frecuente en la antigua Antioquia y, quizás igual o más hoy, como lo insinúan artículos periodísticos, aunque ya quizás por otras causas adicionales, sobre todo de tipo económico, laboral o social y, mucho más, por el ambiente de violencia que se vive. ¿No será una confesión de boca de algo que se trata de ocultar o justificar, la repetición frecuente del refrán: “De músico, poeta y loco, todos tenemos un poco?” Si los demás son locos, yo también lo puedo ser sin que me humille.

— Fariseísmo. Es la ostentación con que cada uno presenta sus obras. Si alguien regala una banca a la iglesia debe llevar su nombre grabado por siempre en la misma. Mucho más, si es una imagen, una puerta, una campana. Se dona un parque, pero con nombre propio; lo mismo una escuela, una biblioteca, hasta lo más insignificante. Las limosnas se daban en un día deter-

minado para que todos los mendigos hicieran fila frente a la casa y los transeúntes se asombraran de la generosidad del donante. Las monedas se hacían sonar ostentosamente en la “ponchera” de la colecta dominical. ¡Todo es un vértigo de hipocresía! Es que no puede ser de otra manera, si en lo más íntimo se es una persona de doble personalidad, de dos culturas y dos religiones al mismo tiempo, judía y católica a la vez.

El P. Huberto añade otros aspectos que, aunque más universales, al juntarse con los anteriores completan el cuadro de la moral judaizante que se incubó en Antioquia. La discriminación social, basada en “los blasones” (las más de las veces falsificados o comprados) y, sobre todo, en “los millones”, estos sí, cantantes y sonantes. La plata lo “blanquea” todo. El negro más retinto, si tiene plata, es suficientemente blanco para entrar al Club Unión y llegar al Senado o la Presidencia, aunque los ricos tratan de mantener estrictamente las diferencias hasta en el templo. En Santa Fe de Antioquia, Medellín y demás sedes episcopales, sólo la aristocracia puede cargar el Santo Sepulcro de la catedral el Viernes Santo, así sean masones confesos o anticlericales rabiosos.

La intolerancia es aún peor. Lo de judíos contra samaritanos e infieles en el Israel antiguo, se volvió aquí de conservadores contra liberales. Los obispos y, tras ellos, los

curas párrocos y demás sacerdotes, religiosos y religiosas tenían que alinearse en la lucha partidista en el bando conservador de manera radical. Es hiperbólico el caso del obispo Miguel Ángel Builes. Los que no se alineaban con él eran traidores y Judas. Tomás Carrasquilla narra el hecho, increíble fuera de Antioquia, de dos damas, una de las cuales tenía en el templo su Virgen María, la Inmaculada, conservadora; la otra, la del Carmen, liberal. Ninguna de las dos podía acudir a la patrona de la otra. Era frecuente, también, motejar a otros de herejes y masones, aunque de judíos poco, y sólo en voz baja.

Finalmente, una especie de xenofobia o, más bien, espíritu de gueto. Aunque de Antioquia han emigrado hacia otros departamentos y a todo el mundo multitud de jóvenes y aun familias enteras, sin embargo, recibir inmigrantes era casi vedado. Ni Medellín, ni ningún pueblo de Antioquia, han sido cosmopolitas. Son macroguetos. A pesar de que Antioquia fue pionera de la industria en el siglo XX, como lo había sido de la agricultura tecnificada del café a finales del XIX, hasta hace poco estuvo casi completamente cerrada a la entrada de empresas y aun de capitales extranjeros, en gran contraste con Barranquilla, Bogotá y Cali. Claro que no había una ley que prohibiera la entrada de dichos capitales. Sólo rechazo y desprecio, y, también, temor a perder la independencia y a

